

## *A mediados de marzo llegué a Polonia*

**E**l itinerario de trabajo preveía una corta estancia en Varsovia antes de partir hacia dos países situados al sur: Hungría y Austria. Era la tercera vez que pisaba suelo polaco y, por fin, tendría algún tiempo para examinar sus calles y acercarme a su gente. El clima no presagiaba nada bueno, aunque debo confesar que en invierno me siento más confortable. Marzo es un mes muy frío en el continente y no se diga en Varsovia, una de las capitales europeas más septentrionales. Iba a procurar no desaprovechar la oportunidad para conocerla mejor, explorarla y perderme entre sus callejuelas. Lo poco que pude observar, mientras el taxista me llevaba del aeropuerto al hotel, más que decepcionarme por la invariable soledad de los caminos, me invitó con mayor firmeza a descubrir esa ciudad tan reservada, tan íntima y tan recóndita de sí misma. Ya en el hotel, no obstante, el calvario para comunicarme —así como un malentendido referente a los tiempos en la reservación del cuarto— hizo que no llegara a tiempo para la cena. Maldije mi suerte y subí a la habitación con una botella de vino barato que obtuve en un mesón de apariencia andrajosa. Una vez en la estancia, bebí con ansia y mientras intentaba arreglar mi equipaje, encendí la televisión. El tinto hizo lo suyo y el sueño me tomó casi por sorpresa. Entre imágenes confusas aunque familiares, tuve un sueño agitado. Luces

inexplicables revoloteaban sobre mi cabeza y yo corría sin saber hacia dónde, con la certeza de que correr era la única opción y en tanto las piernas del sueño me resultasen útiles, las usaría sin descanso. A lo largo de la noche, desperté entre pasmosas convulsiones y un pegajoso sudor no cesaba de producirse por todo mi cuerpo. A la mañana siguiente, mi predicción sobre el clima se cumplió. El frío, a pesar de haberme puesto cuanto abrigo traía en la maleta, era de tal intensidad que me partía el rostro. Después del desayuno, pertrechado con una vieja guía de la ciudad que me facilitaron en la recepción, salí a la calle. Varsovia es de una belleza conmovedora. El carácter de los polacos —siempre prestos al juego y a la sonrisa fácil—, hizo del recorrido un deleite y una aventura. Me perdí durante horas, bebí café insípido y acuoso y adquirí bagatelas en un mercado de pulgas. Mi perceptible apariencia de extranjero, aunado a la locura de andar por la banqueta bajo el frío, hicieron de mi persona no sólo el centro de atención para todos sino también un motivo de jocosidad y acaso incontenible risa general. Después de haber visitado un par de lugares emblemáticos, entré a una librería buscando algo de calor y, si era posible, alguna obra en inglés para leer durante los días siguientes. La idea, irritante por principio para el turista convencional, quien pone toda su expectativa en la vivencia de lo novedoso, resultó agradable de un modo inesperado. Justo frente a un edificio monumental, levantado en memoria de algún acontecimiento, hallé una librería que no sólo ofrecía un impresionante surtido de libros en varios idiomas, sino también cómodos sillones para hojearlos a placer. Me instalé en uno de los más apartados con una obra sobre las especialidades de cerveza que se producen en Europa. Al rato, ya cansado, adquirí un libro de historia de la fotografía y regresé, ya entrado en calor, al exterior.